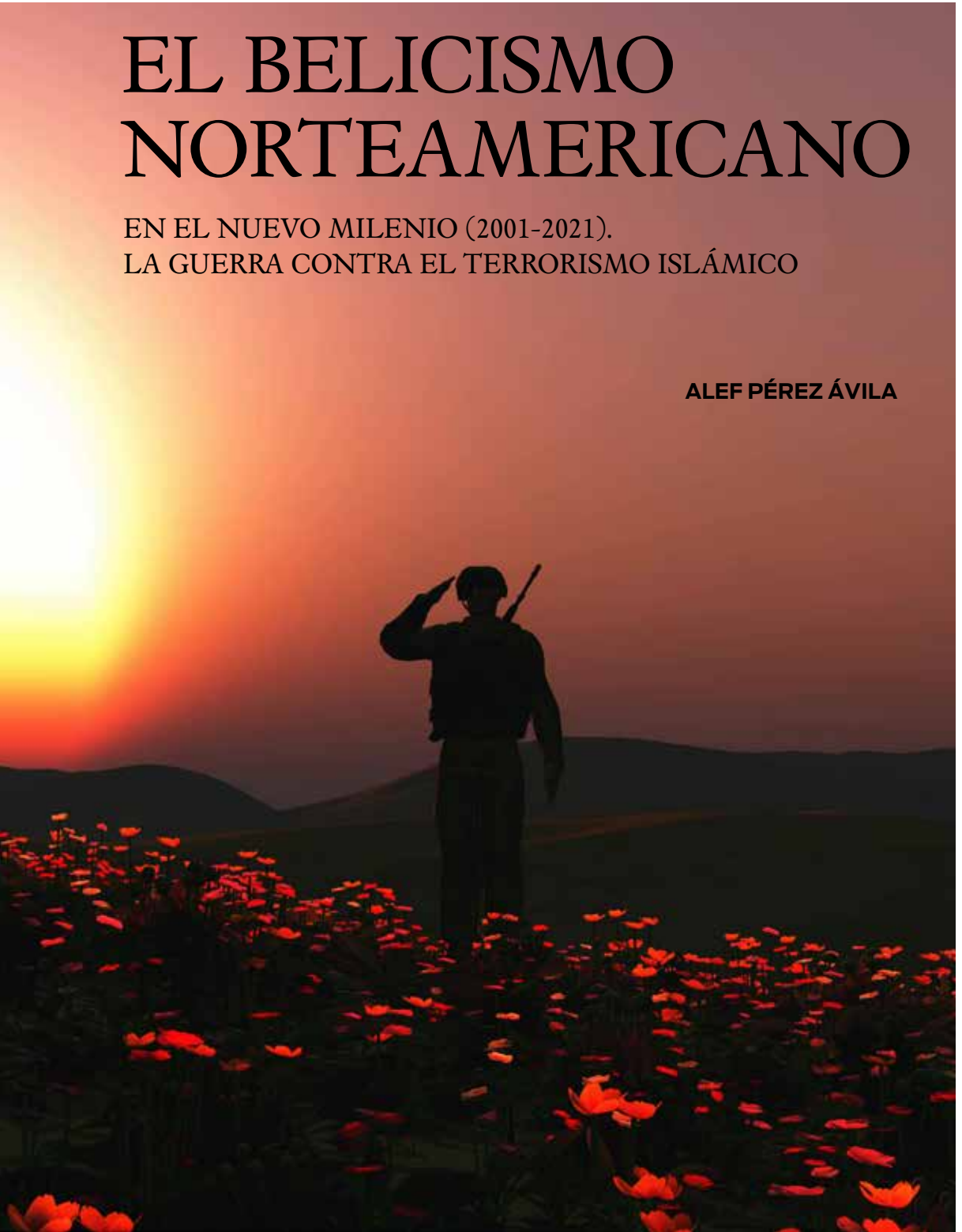


EL BELICISMO NORTEAMERICANO

EN EL NUEVO MILENIO (2001-2021).
LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO ISLÁMICO

ALEF PÉREZ ÁVILA



RESUMEN

En el siglo XXI, los Estados Unidos han actuado en contra del terrorismo islámico. A grandes rasgos, Afganistán e Irak sufrieron la invasión y ocupación de sus territorios. Los estadounidenses provocaron el resentimiento de la población local. Estas acciones aunadas a otras demostraron la vulnerabilidad del poderío EE UU a nivel global.

Palabras clave: guerra, terrorismo, hegemonía, Estados Unidos

ABSTRACT

In the 21st century, the United States acted against Islamic terrorism. In broad terms, Afghanistan and Iraq suffered the invasion and occupation of their territories. The Americans provoked resentment from the local population. Such actions, and others, demonstrated the vulnerability of American power globally.

Keywords: war, terrorism, hegemony, United States.



ALEF PÉREZ ÁVILA

Licenciado y maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la UNAM. Se incorporó como profesor al plantel Vallejo del Colegio en el 2009. Imparte las asignaturas de Historia Universal Moderna y Contemporánea I y II e Historia de México I y II, ha participado constantemente en diversas actividades académicas del CCH.

INTRODUCCIÓN

Entre 2001 y 2021, los Estados Unidos estuvieron sumidos en una guerra frontal contra el terrorismo, un enemigo casi fantasmal. Tras tal esfuerzo, no es posible considerar que sus fuerzas armadas lograron crear un mundo más seguro para sus ciudadanos; por otro lado, el resentimiento está presente en la población de las naciones de mayoría musulmana.

Esta lucha contra el terrorismo fue el eslabón bélico de su poder como parte de una clara tendencia general, que fue la pérdida de su hegemonía (Hobsbawm, 2012: 59). Tal proceso no resultó del enfrentamiento directo con otra gran potencia; por el contrario, el problema provino de la incapacidad de hacer salir de sus escondites a los yihadistas, a los hombres de la “guerra santa”. Sin embargo, cuando las tropas de los Estados Unidos llegaron a actuar, sólo causaron mayor animadversión en la población con la posibilidad de engendrar a nuevos radicales dispuestos a atentar contra la población civil.

DESARROLLO

En el 2021, el ejército estadounidense abandonó Afganistán, sus tropas estuvieron allí durante dos décadas. Según Washington, prepararon a las tropas de aquella nación y sentaron las bases de un gobierno afín a sus intereses, pero la realidad resultó diferente. Por su parte, el talibán recuperó el control sobre la capital, Kabul, y la mayor parte del país.

Veinte años antes, el 11 de septiembre del 2001, cuatro aviones fueron secuestrados por extremistas islámicos del grupo Al-Qaeda. Dos impactaron en las Torres Gemelas, en Nueva York, uno más en el Pentágono en Washington, y otro perdió el control por el amotinamiento de los pasajeros. Casi 3 mil personas murieron (Pani, 2018: 258), más los heridos y traumatizados. De un momento a otro, Estados Unidos se quedó perplejo frente a tan terribles acontecimientos en su propio territorio.

Las acciones de Al-Qaeda demostraron una gran osadía y capacidad organizativa, junto al desdén de las autoridades de ese país para actuar sobre las señales de los posibles atentados. Otro factor fundamental es que ser una organización terrorista necesitó de pocos recursos materiales y económicos frente a los del ejército que tiene el de mayor presupuesto a nivel global.

Tras la perplejidad inicial del 11 de septiembre, en el imaginario estadounidense, un nuevo enemigo apareció en el escenario: el terrorismo islámico; encabezado por Al-Qaeda y su líder Osama Bin Laden, aunque permeó a cualquier identidad cercana El Corán. El fanatismo de derecha encontró sentido a su beligerancia tras el extravío causado frente a la caída del régimen soviético y el aparente fin del comunismo como una ideología revolucionaria.

En Oriente Medio, Al-Qaeda tuvo con el apoyo del régimen talibán de Afganistán, que era un desastre en cualquier sentido. Aquella nación no contó con un sistema tributario sólido para dotar de recursos a la administración pública, su política estuvo

Entre 2001 y 2021, los **Estados Unidos** estuvieron sumidos en una **guerra frontal contra el terrorismo**, un enemigo casi fantasmal.

Tras la perplejidad inicial del **11 de septiembre**, en el imaginario estadounidense, **un nuevo enemigo** apareció en el escenario: **el terrorismo islámico**.

dominada por enfrentamientos entre los grupos tribales de las diferentes regiones, la inversión interna y externa resultaron casi inexistentes, sin dejar de lado, el peso en la mentalidad del grueso de la población de una interpretación radical El Corán. A pesar de todos sus recursos militares, Washington no logró borrar de inmediato al hombre y al grupo, por lo tanto, decidió invadir el país.

Después de los atentados del 11 de septiembre, Estados Unidos actuó como la única superpotencia global y el mundo se lo permitió; la victoria sobre el régimen talibán resultó fácil (Anderson, 2014: 135). De cierta forma, los estadounidenses sintieron tocar la cúspide de su poderío global. Sin embargo, al poco tiempo, los escándalos de corrupción comenzaron a rodear a su ejército y a sus aliados en Afganistán. No obstante, su poderío resultó débil y el triunfo en realidad fue pírrico, sin peso en la geopolítica internacional.

En Estados Unidos, el presidente George W. Bush comenzó a sentir el peso de que se esfumara el entusiasmo de la victoria sobre el talibán; en respuesta y bajo el marco de la guerra en contra del terrorismo, planificó la invasión al Irak de Sadam Husein. Este era un tema de interés personal por la operación dirigida por su padre para sacar el régimen de aquella nación de Kuwait, sin olvidar los importantes recursos petroleros de las tierras donde se buscó colocar al ejército.

Para el caso de Irak, el camino para la planificación de la intervención militar resultó tortuoso, aunque los estadounidenses estuvieron empecinados en lograr

su cometido. Los mismos comenzaron a hablar de armas de destrucción masiva de carácter químico y hasta nuclear en posesión de los iraquíes. Los fundamentos de estas aseveraciones resultaron endeble, aunque estuvieron de forma constante en los entornos diplomáticos y en los medios de comunicación.

En 2003, con un menor apoyo que con la invasión a Afganistán, Estados Unidos comenzó la lucha frontal en contra de Irak, sólo tardaron tres semanas en llegar a la capital, Bagdad. No obstante, la sociedad iraquí contó con buenos recursos para emprender la resistencia, aunque se iniciara una campaña de división de los grupos internos entre chiíes y sunitas, las dos principales ramas de la confesión musulmana, sin olvidar las constantes promesas a los kurdos del norte, grupo étnico que también está en Turquía y Siria.

En términos económicos, la invasión de Irak resultó tener una mayor rentabilidad para Estados Unidos que la de Afganistán. En el mismo 2003, ese país y el resto de la Coalición invasora decidieron entregar las empresas estatales a la inversión internacional; esto dio la posibilidad de entrada de recursos Occidentales a casi cualquier sector económico (Harvey, 2007: 12). Los aranceles a la importación desaparecieron para permitir el libre tránsito de las mercancías, aunque por una fuerte preferencia por la adquisición de productos de la nación norteamericana. Por su parte, los ingresos petroleros fueron reservados a los costos de la ocupación militar. En buena medida, las tierras iraquíes formaron



un ejemplo de la imposición del neoliberalismo por la fuerza.

Al observar su organización, el ejército de los Estados Unidos estuvo integrado por mercenarios, hombres a sueldo dedicados exclusivamente a la guerra. Esto resultó fundamental, al no llamar a las reservas de ciudadanos a las zonas bélicas y llevar a las familias a un conflicto moral, Washington minimizó el riesgo de protestas por la desvinculación con la sociedad civil y de actos de insubordinación por simpatías hacia la población de las naciones invadidas. La organización militar y una constante campaña belicista lograron consolidar un cierto margen de apoyo social a las acciones antiterroristas (Zinn, 2011: 70), lo cual resultó fundamental para prolongar las ocupaciones.

En términos culturales, la invasión a Irak significó una pérdida importante para el patrimonio histórico de aquella nación por el despojo sufrido de sus museos. En buena medida, algunos saqueadores hurtaron el tesoro arqueológico, en ocasiones, asociados con coleccionistas inescrupulosos, principalmente de Occidente.

Con el control de Irak, los norteamericanos comenzaron la búsqueda de las armas de destrucción masiva del régimen depuesto de Sadam Husein o al menos eso mencionaron en el discurso; en los meses y años posteriores no se halló ningún almacén con ellas ni rastros químico o nuclear. Con el tiempo, hasta Washington tuvo que reconocer la inexistencia del tan buscado arsenal. Por lo tanto, la principal justificación de la invasión resultó ser falsa.

Tras los atentados del **11 de septiembre**, Estados Unidos actuó como la **única superpotencia global** y el mundo se lo permitió.

La invasión a Irak significó una **pérdida importante del patrimonio histórico** de aquella nación por el despojo sufrido de sus museos.

Tanto en el caso de Afganistán como en el de Irak, las tropas estadounidenses comenzaron a delegar responsabilidades a incipientes fuerzas policiales y militares entrenadas por ellas. La idea era minimizar las muertes de las fuerzas de ocupación, al estar integradas las mismas por hombres de origen estadounidense o, de forma más ampliada, occidental; sus defunciones llegaron a ocasionar protestas en sus respectivas naciones, por lo tanto, el agente en campo debió ser local. Así, las lesiones y fallecimientos resultaron ser simples daños colaterales en tierras lejanas.

Tras las acciones bélicas en Afganistán el de Irak, el resentimiento atravesó por todas las naciones islámicas, en consecuencia, los occidentales sufrieron una serie de atentados. Tal terror fue resultado

de la incapacidad de actuar directamente en contra de los grandes poderes y la facilidad de tocar a los ciudadanos de a pie.

El odio no sólo creció entre la posición de confesión musulmana, también una parte de los ciudadanos occidentales comenzó a ver con desconfianza cualquier elemento relacionado con la cultura de Oriente Medio que pareciese estar relacionada con ella; así, las acciones de odio crecieron por todo Estados Unidos y Europa, aunque contagiaron a otras regiones del globo. No sólo fue una cuestión de personas, diversas instancias de gobiernos y empresas comenzaron a tratar como ciudadanos o extranjeros de segunda a cualquier creyente de el Corán o sospechoso de serlo.

Después de que George W. Bush dejó la presidencia de los Estados Unidos, Barack Obama asumió el cargo a principios del 2009, triunfó con el apoyo del Partido Demócrata y un discurso donde señaló que la guerra en contra del terrorismo debía terminar. En los hechos, la conducta beligerante continuó por el mismo camino.

Al concluir un primer impulso, las Primaveraes Árabes perdieron fuerza o pasaron a la acción armada, lo cual las volvió irreconocibles. Entre varias organizaciones, el Estado Islámico comenzó a tomar fuerza, tuvo la capacidad para disputar la soberanía de varias naciones de Medio Oriente (Martini, 2016: 86). En la mentalidad de los creyentes de el Corán radicalizados dejaron de ver a Al-Qaeda como la organización a



Mientras el Estado Islámico tuvo control territorial en parte de Siria e Irak, los Estados Unidos necesitaron una noticia capaz de marcar un logro.

seguir y comenzaron a pensar en el Estado Islámico. A grandes rasgos, buscaron implantar la *sharía*, la Ley Islámica, desde una perspectiva estricta, en el marco de un Califato capaz de integrar a todas las naciones de mayoría musulmana.

A pesar de su beligerancia, Estados Unidos optó por no entrar en combate directo en tierra en contra del Estado Islámico. Tal decisión no partió del miedo a la capacidad militar de la organización, más bien buscó no estancar a sus tropas en un nuevo conflicto. Decidió subsidiar grupos afines a sus intereses y mantener una constante campaña de bombardeos aéreos.

En el campo de batalla, el Estado Islámico alcanzó sus mayores victorias en el norte de Irak y Siria, ocupó buena parte de estas naciones. Por su parte, Estados Unidos mostró confusión, fue incapaz de imponer su proyecto a otras potencias, en especial a Rusia y a Turquía, que actuaron por su cuenta. En el escenario de guerra sirio, los grupos respaldados por Washington resultaron débiles.

Mientras el Estado Islámico tuvo control territorial en parte de Siria e Irak, los Estados Unidos necesitaron una noticia capaz de marcar un logro. En 2011, Osama Bin Laden murió durante una operación encubierta de Washington en Paquistán, mientras el presidente Barack Obama y su Estado Mayor observaron el acontecimiento en tiempo real desde una sala de juntas de la Casa Blanca, lo cual fue un acto ilegal según el derecho internacional (Chomsky, 2011: 221). La noticia de la muerte del responsable de los atentados

del 11 de septiembre fue explotada lo más posible, aunque su relevancia fue mínima.

En otro cierre de ciclo, tras más de una década, en 2014, los Estados Unidos devolvieron el control de su nación a los iraquíes; para ese momento, la estabilidad de Irak resultó lastimada, los grupos étnicos y las ramas del islam estuvieron en una constante lucha por el poder. La sociedad perdió su capacidad adquisitiva previa a la caída de Sadam Husein. Con certidumbre, el radicalismo islámico resultó fortalecido tras la salida de las tropas occidentales.

Fuera de Irak, Afganistán sufrió un contante desgaste de las fuerzas proestadounidenses, subvencionadas por los mismos invasores; es de señalarse, no tuvieron un compromiso real con la administración impuesta por los extranjeros. En un buen número de casos, el armamento proporcionado a la policía y el ejército afganos terminó en manos de extremistas islámicos. Barack Obama continuó con el planteamiento de terminar la intervención militar, no obstante, descubrió la imposibilidad de evitar un desastre al abandonar las tierras invadidas.

En el 2017, Donald Trump ocupó a la presidencia de los Estados Unidos, integrante del Partido Republicano y de tendencia derechista. Aunque su visión tiene una variante importante a la de los militaristas que llevaron a las guerras de Afganistán e Irak, en términos internacionales, planteó el aislacionismo, consideró que su nación apoyó demasiado al mundo y era necesario velar primero por ella misma, por lo cual, las acciones militares en

La Guerra que comenzó **tras el 11 de septiembre del 2001** terminó con una situación peor para la nación invadida, **un perfecto** caldo de cultivo para el **radicalismo islámico**.

los países de mayoría musulmana fueron consideradas un gasto innecesario. Bajo su lógica, los aliados en contra del radicalismo islámico sufrieron recortes, debieron buscar sus propios medios para financiar su seguridad y la de Washington. Tales acciones sólo generaron desconfianza entre aquellos dispuestos a dar apoyo a Occidente.

En otro giro de la política, en 2021, Joe Biden llegó a la presidencia a través de la candidatura del Partido Demócrata. En su trayectoria, el expansionismo e intervencionismo estuvo presente de forma constante. Sin embargo, consideró urgente salir del atolladero de Afganistán, por no existir beneficios económicos o políticos para mantener vigente la ocupación.

Es de señalarse que la fecha de salida de las tropas de la OTAN y, en especial, de las estadounidenses de Afganistán re-

sultó pospuesta en una y otra ocasión, casi desde los tiempos de su arribo. Tras prácticamente dos décadas, la retirada comenzó a ser desordenada, la policía y el ejército afganos prooccidentales resultaron incapaces de cubrir la retaguardia de los invasores mientras estos dejaron posiciones. En buena medida, Estados Unidos nunca preparó a la nación de Oriente Medio para mantener la estabilidad sin él.

En mayo del 2021, las tropas extranjeras comenzaron su retirada, a la par, los talibanes realizaron la reconquista de los centros urbanos. En agosto, los medios internacionales mostraron el desastre de los últimos hombres del ejército estadounidense en Kabul. La guerra que comenzó tras el 11 de septiembre del 2001 terminó con una situación peor para la nación invadida, un perfecto caldo de cultivo para el radicalismo islámico. Por otra parte, los



Estados Unidos sufrieron al reconocer su incapacidad de controlar el mundo y, por lo tanto, no estuvieron en posición de considerarse hegemónicos.

CONCLUSIONES

A lo largo de dos décadas, los Estados Unidos descubrieron lo efímero de su hegemonía global en el terreno militar. Los despliegues de su ejército acompañado de aliados mostraron ser incapaces de dar golpes contundentes al radicalismo islámico, al nutrirse este del odio a Occidente, el cual creció por las acciones bélicas en Oriente Medio.

Es de señalarse que el terrorismo internacional no es el único desafío a los Estados Unidos en la actualidad. Por el rápido crecimiento de otras naciones, su peso en la economía internacional cada vez es menor, siendo China la más amenazante por su acelerada expansión, que muestra dinamismo a su interior e inversiones en todos los continentes. Otro problema, el dólar pierde cada vez más adeptos como valor de reserva frente a otras monedas, mientras la posibilidad de los estadounidenses de financiar su gobierno con deuda es cada vez menor.

REFERENCIAS

Anderson, P. (2014) *Imperium et consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Akal.

Chomsky, N. (2011) *La Era Obama*. España: Pasado y Presente.

Harvey, D. (2007) *Breve historia del neoliberalismo*. España: Akal.

Hobsbawm, E. (2011) Un Imperio que no es como los demás. En Chomsky, N. *A diez años del 11 de Septiembre. Cómo cambió el mundo*. Argentina: Capital Intelectual.



Hobsbawm, E. (2012) *Guerra y paz en el siglo XXI*. Argentina: Sol.

Martini, A. (2016) El terrorismo global como amenaza al orden internacional. El caso del Estado Islámico. *Relaciones Internacionales*. 32. España: UAM.

Pani, E. (2018) *Historia Mínima de los Estados Unidos de América*. México: COL-MEX.

Wallerstein, I. (2004) *Estados Unidos confrontan al mundo*. México: Siglo XXI.

Zinn, H. (2011) ¿Qué hacemos en Irak? En Chomsky, N. *A diez años del 11 de Septiembre. Cómo cambió el mundo*. Argentina: Capital Intelectual.